



desdelosimple

Para contemplar la vida

Domingo XII del Tiempo Ordinario
Jeremías 20, 10-13; Salmo 68; Romanos 5,12-15; Mateo 10, 26-33
Junio 21 del 2020

Fortalecidos en el testimonio

Fr. Duberney Rodas Grajales, O.P.

“No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma” (Mateo 10,28) para encontrar el sentido más profundo a esta expresión, es necesario considerar que hace parte integral de las instrucciones que Jesús da a sus discípulos, cuando les anuncia que se deben preparar para la persecución en donde su propia vida está amenazada de terminar cruelmente, de allí que utilice la figura de ovejas enviadas en medio de lobos (Mt 10, 16). Históricamente podemos constatar como las personas que han intentado acabar con el mensaje del Evangelio, han utilizado medios cruentos que infunden terror a cualesquier ser humano, pero que al contrario a lo que buscan, los cristianos que han muerto dando testimonio de su fe, se han convertido en semillas de las que han brotado comunidades cristianas muy fuertes. De allí viene la tradición de venerar la memoria de los mártires, personas de todas las edades y niveles de formación que con sus propias vidas han dejado escrito para nuestra salvación, que tal fortaleza sólo puede ser fruto de la intervención divina.

A pesar de que la intolerancia religiosa, la politización de la religión y los extremismos religiosos, entre otras situaciones siguen causando muerte a quienes se identifican como cristianos, en nuestros contextos próximos, la imposibilidad de profesar la fe en Jesucristo no se da por un agente externo sino que es causado por nuestras propias decisiones. De aquí se hace necesario tener especial cuidado en la formación de la persona para que pueda vivir en la libertad que le es propia y se evidencia en la manera en que nos relacionamos con la Verdad revelada en el Hijo de Dios. (Juan 8,32) con ello podemos acercarnos al mensaje de la Palabra de este día, en donde se nos invita a estar atentos a las situaciones que nos conducen a la muerte. Aquí considero pertinente enfatizar en que no se trata solo de la muerte fisiológica, sino ante todo de la muerte espiritual.



Tal vez en alguna ocasión hemos escuchado al expresión “muerto en vida”, con la cual nos referimos al grado de desilusión, frustración o falta de sentido de la vida que puede estar afectando a una persona. Esto puede suceder por iniciativa propia, por ejemplo alguien que queda atrapado en una situación de drogadicción o alcoholismo, en la cual llega hasta el punto de olvidarse de sí mismo y todas las personas que están a su alrededor. Pero también puede llegar por decisiones externas, como en el caso de la violencia a diversas escalas que ocasionan lesiones tan profundas que incluso algunos, como medio de defensa, caen en la ruptura de relaciones con las personas y con Dios. En estas u otras situaciones que pueden significar un profundo dolor, nos podemos levantar si dejamos resonar en nuestra mente y corazón la Palabra de Dios y hacemos nuestra la expresión de Jeremías, quien en medio de la persecución y la calumnia puede decir: “Dios está conmigo” (Jr, 20,10).

La convicción de la presencia de Dios en nuestra vida, llega por la contemplación y unión a Jesús, a lo cual nos mueve el Espíritu Divino. Sólo de allí podemos reconocer la manera en que podemos vencer todas las dificultades que se nos presentan. Es el Espíritu el que nos permite aceptar que la Eucaristía es fuente y cumbre de la vida cristiana, como lo proclama el Concilio Vaticano II, porque al participar en ella, tenemos la certeza de hacernos uno con Cristo y todos los bautizados. De tal modo que presentados ante Dios, retornamos a las situaciones cotidianas con las consecuencias positivas que surgen de participar en un encuentro extraordinario, en el que nuestra humanidad dolida se ha unido a su Divinidad, fundida en una relación que es mucho más fuerte que el pecado.

Reconociendo que el Señor nos ha invitado a ser sus discípulos, cuando hemos sido sumergidos en las aguas bautismales, dispongámonos a ofrecer en el altar nuestra propia vida, para que reconociendo el amor que Dios nos tiene, a ejemplo de la humilde esclava del Señor, María nuestra Madre, sepamos estar dispuestos para Dios y así poder ser reconocidos en la Patria celeste de acuerdo a las indicaciones de nuestro Maestro: “Todo aquel que dé testimonio de mí ante los hombres, yo también declararé por él ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10,32)